



la hora de la adaptación

por Martin Parry

A medida que pasan los meses, resulta cada vez más claro que tendremos que adaptarnos al cambio climático. Naturalmente, hay que adelantarse a los acontecimientos y tratar de mitigar ese cambio reduciendo las emisiones de gases de efecto invernadero, pero ello debe complementarse con inversiones en adaptación en los lugares más afectados. Cuanto antes destinemos recursos a la adaptación, menos serán los daños sufridos.

La última evaluación del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC) llegó a la nueva conclusión de que los efectos del cambio climático son ya una realidad. La Tierra se ha calentado ya 0,5°C debido al aumento de los gases de efecto invernadero en la atmósfera, y podemos observar los efectos de este fenómeno en todos los continentes, siendo especialmente preocupantes el actual proceso de desertificación y calentamiento en la región del Sahel africano, y los efectos de la subida del nivel del mar en las llanuras litorales de inundación y las pequeñas islas. Inevitablemente, la adaptación ha comenzado ya, pero en general sin un proceso de planificación, y todavía no se han asignado prácticamente recursos adicionales con ese fin.

Es inevitable que el calentamiento continúe en cierta medida. Aun cuando recortáramos las emisiones inmediatamente y hasta el punto de que las concentraciones de gases de efecto invernadero en la atmósfera se estabilizaran en los niveles actuales — tarea imposible —, sería todavía inevitable un aumento de la temperatura de 0,6°C debido al desfase térmico entre los océanos y la atmósfera. Así pues, en toda planificación debería contarse como mínimo con un aumento de la temperatura de 1,1°C. Los efectos de esta subida serán, probablemente, los siguientes: menos disponibilidad de agua — con el consiguiente descenso de la productividad agrícola — en los trópicos secos, mayor inundación de las zonas costeras y creciente morbilidad y mortalidad asociada con las olas de calor y las sequías. La adaptación es la única manera de evitar o reducir esas consecuencias.

A lo largo de muchas generaciones, la humanidad ha adquirido una gran capacidad para adaptarse a condiciones climatológicas extremas. Sabemos, por ejemplo, qué sistemas agrícolas funcionan mejor en las zonas expuestas a sequía y qué defensas marítimas protegen mejor las costas bajas. Son muchos los esfuerzos realizados para proteger nuestras actividades de los efectos negativos del clima, así como para aprovechar al máximo los beneficios que puede aportar un clima favorable. La adaptación al cambio climático significaría el despliegue de este cúmulo de conocimientos para hacer frente a los nuevos cambios climatológicos resultantes. Pero nuestra capacidad de adaptación se verá probablemente superada si no reducimos muy pronto las emisiones.

No podemos decir con precisión hasta qué nivel de cambio climático nos podemos adaptar, pero no es probable que sea muy superior a los 1,5°C, sencillamente debido a que muchas de las plantas y animales que nos suministran los alimentos sufrirían con el aumento de las temperaturas. La modificación genética podría ser una solución, pero son muchas las incertidumbres al respecto. Por ello, si las emisiones de gases de efecto invernadero no se reducen sustancialmente y pronto, podríamos vernos obligados a seguir un camino conducente a temperaturas que en definitiva superarían nuestra capacidad de adaptación. Por ello, la mitigación y la adaptación deben considerarse como complementarias. Ni la mitigación ni la adaptación pueden conseguir una solución total de este problema. Necesitamos simultáneamente ambas estrategias.

Gracias a la última evaluación del IPCC, podemos hacernos ahora una idea de las regiones y sistemas y sectores más afectados por el cambio climático. De esta manera, podemos establecer una lista breve de prioridades para orientar los recursos

selectivamente y sin demora hacia la adaptación. Probablemente, las regiones más afectadas serán las siguientes:

- África, debido al proceso previsto de desertificación y a la escasa capacidad de adaptación de la región
- las islas pequeñas, por su alto nivel de riesgo y la subida proyectada del nivel del mar
- los megadeltas de Asia y África, por sus numerosas poblaciones y la subida del nivel del mar, y
- el Ártico, debido al fuerte calentamiento proyectado.

Los sistemas y sectores más afectados serán probablemente los siguientes:

- recursos hídricos en las zonas ya secas del mundo, en particular en los trópicos semiáridos;
- la agricultura en esas mismas regiones;
- las zonas litorales bajas;
- la salud humana, en particular en las zonas pobres, y
- determinados ecosistemas expuestos a los daños resultantes del calentamiento — como la tundra, el bosque boreal y las regiones montañosas — o ya debilitados por otros problemas existentes, como los manglares, las marismas salobres y los arrecifes de coral.

La adaptación es una estrategia doblemente beneficiosa. La mayor parte de las medidas de adaptación que deseáramos adoptar para reducir los daños producidos por el cambio climático son, de hecho, las que deberíamos tomar en cualquier caso para protegernos a nosotros mismos y nuestras actividades de las condiciones climáticas actuales. Por ejemplo, la protección de los agricultores del Brasil nororiental frente al actual riesgo de sequía — con medidas como la introducción de cultivos resistentes a la sequía o la captación y retención del agua y su utilización de manera más eficiente en el riego por goteo — sirve también para aumentar su capacidad de resistencia frente a la mayor sequía debida al cambio climático. Lo mismo cabe decir de la adaptación para la protección de las zonas costeras, la atención primaria de salud o la gestión de la fauna y flora silvestres. Por ello, las inversiones en adaptación pueden arrojar beneficios a corto plazo y, al mismo tiempo, servir como protección frente a los peligros a medio plazo.

De la evaluación del IPCC se desprende claramente que hay un camino de doble dirección que vincula el cambio climático con el desarrollo sostenible: el cambio climático puede representar una amenaza para el logro de los objetivos de desarrollo del milenio. Por otro lado, podría llegarse a la conclusión de que el desarrollo sostenible puede hacer que una comunidad o región sea mucho más resistente a los daños del cambio climático. Así pues, hay dos razones de peso para 'incorporar' la adaptación al proceso de desarrollo.

Hasta hace poco, los partidarios de la adaptación eran acusados de derrotismo, de suponer que la mitigación no iba a conseguir los resultados previstos. Ahora, debemos ser pragmáticos y reconocer que no podemos resolver el problema del cambio climático únicamente con la mitigación. Se necesita todo un conjunto de estrategias de adaptación y mitigación para hacer frente a este enorme problema. Durante demasiado tiempo, la adaptación ha sido la hermana pobre de la mitigación. Ahora, necesita recursos para realizar la tarea que le corresponde. 